



História Unisinos

ISSN: 2236-1782

periodicos@unisinos.br

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

Brasil

Laura Salomón, Alejandra

Instantáneas de participación ciudadana en la esfera local durante el primer peronismo[1]

História Unisinos, vol. 20, núm. 1, 2016, -, pp. 84-93

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

Brasil

DOI: <https://doi.org/10.4013/htu.2016.201.08>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=579861605008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Instantáneas de participación ciudadana en la esfera local durante el primer peronismo¹

Snapshots of citizen participation at the local level during first Peronism

Alejandra Laura Salomón²

alelausomon@hotmail.com

Resumen: Una de las contradicciones que encierra el primer peronismo se refiere al ejercicio de la democracia. Por un lado, la extensión de la base electoral y la incorporación de los sectores populares a la política promovieron una democracia de masas. Empero, ésta fue socavada por discursos y prácticas gubernamentales unanimistas que atentaban contra el equilibrio de poderes y el pluralismo. Es a partir de esta tensión que se inscribe el interés por indagar las formas de ser ciudadano en la esfera local, en particular en zonas alejadas de los centros del poder. ¿Hubo una democratización de la esfera pública local o la heteronomía municipal cercenó el compromiso cívico en un contexto signado por la denegación del espacio para la deliberación pública? El objetivo de este artículo es ilustrar experiencias de participación de sectores que habitaban en localidades del interior bonaerense entre 1949 y 1952, en una coyuntura caracterizada por la reorientación de la política económica, contiendas electorales y crecientes signos de verticalismo. Intentaremos iluminar con fuentes periodísticas los actores sociales, los escenarios y las dinámicas que impulsaron y definieron los procesos que configuraron la ciudadanía política en los pueblos. La hipótesis es que la conjunción de la movilización “desde abajo” y el disciplinamiento y la conducción “desde arriba” en el marco de una apertura de las oportunidades políticas delinearon una forma particular de ser ciudadano a nivel municipal.

Palabras clave: peronismo, participación local, democracia.

Abstract: One of the contradictions contained in first Peronism refers to the exercise of democracy. On the one hand, the extension of the electoral base and the incorporation of popular sectors promoted a policy of mass democracy. However, this was undermined by government speeches and practices that violated the balance of powers and pluralism. It is from this tension that arises the interest to inquire about forms of citizenship at the local level, particularly in areas remote from the centers of power. Was there a democratization of the local public sphere or heteronomy restricted municipal civic engagement in a context marked by the denial of space for public deliberation? The objective of this article is to illustrate experiences of participation of sectors that lived in locations of Buenos Aires between 1949 and 1952, in a context characterized by the reorientation of economic policy, electoral disputes and growing signs of verticality. Using newspapers as sources, we will try to illuminate the social actors, scenarios and dynamics that drove and defined the processes that shaped political citizenship in the villages. The hypothesis is that the combination of mobilization “from below” and the disciplining and leadership “from above” as part of an opening of political opportunities outlined a particular way of being citizen at the municipal level.

Keywords: Peronism, local participation, democracy.

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el Congreso Pre Alas Patagonia Sur-Sur: “Estado, sujetos y poder en América Latina: debates en torno a la desigualdad”, El Calafate (Argentina), 2014.

² Investigadora del CONICET- Centro de Estudios de la Argentina Rural. Roque Sáenz Peña 352 (1876), Bernal, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Introducción

Una de las contradicciones que encierra el primer peronismo se refiere al ejercicio de la democracia. Por un lado, la extensión de la base electoral y la incorporación de los sectores populares a la política promovieron una democracia de masas. Empero, ésta fue socavada por discursos y prácticas gubernamentales unanimistas que atentaban contra el republicanismo liberal, por lo cual el régimen político ha sido caracterizado como autoritario o democrático-plebiscitario. Es a partir de esta tensión que se inscribe el interés por indagar las formas de ser ciudadano en la esfera local. ¿Hubo una democratización de la esfera pública local o la heteronomía municipal cercenó el compromiso cívico en un contexto signado por la denegación del espacio para la deliberación pública? Varios trabajos han demostrado la existencia de una mayor participación política urbana paralelamente a la concentración del poder, en tanto la ciudadanía ha sido abordada desde la experiencia metropolitana (Torre, 1989; James, 1999). Ahora bien, ¿qué sucedió en localidades de base rural, apartadas del epicentro de toma de las principales decisiones públicas, con población dispersa y con interacciones sociales y prácticas políticas particulares y diferenciadas de las de las grandes urbes?

El imaginario histórico argentino ha tendido a brindar visiones estereotipadas sobre la política en los pueblos de base rural. Éstos suelen ser presentados al margen de las fórmulas de organización y protesta, donde primaba la pasividad y la indiferencia por la cosa pública. A la construcción de esta imagen ha abonado la historiografía tradicional, en la que la omnipresencia y la omnipotencia de Perón, la urbanización/industrialización y el poder de los terratenientes pampeanos sirvieron para justificar la desaparición del pueblo rural como protagonista político. Si bien en estos lugares la acción colectiva no tuvo un desarrollo tan extenso como en otros países latinoamericanos, es posible aseverar que ha sido subestudiada (Mascali, 1986; Mackinnon, 1996).

En este sentido, el principal propósito del trabajo es recuperar el protagonismo de sectores populares³ que

residían en pueblos de base rural de la provincia de Buenos Aires en la conformación del régimen peronista. Las particularidades de la participación, el porqué y el cómo, reflejan las características del sistema político.⁴ En el agro, en el marco de una apertura del sistema electoral y de un Estado más concesivo, sus habitantes fueron objeto de propuestas de intervención socioeconómica por parte de la nueva burocracia estatal, en especial a partir de la “vuelta al campo” de 1949 (Lattuada, 1986; Girbal-Blacha, 2002). Además, la relación entre aquellos y el Estado se comprende en el contexto de la cultura política de los pueblos.⁵ En éstos, la política estaba imbricada con la vida cotidiana, tenía una fuerte impronta interpersonal y localista y se desplegaba en múltiples escenarios de uso común (calles del casco urbano -epicentro de rumores-, plazas, almacenes, estaciones ferroviarias, sitios culturales, entidades vecinales, oficinas públicas).

Con este trasfondo teórico, y en base a fuentes periodísticas locales⁶, se reunirán una serie de impresiones -ni exhaustivas ni concluyentes- que otorguen pistas para explicar los actores sociales, los escenarios y las dinámicas que impulsaron y definieron a la ciudadanía política⁷ “desde abajo” durante la etapa peronista. En particular, la ponencia ilustra experiencias significativas de participación⁸ de sectores que residían en localidades del interior bonaerense entre 1949 y 1952 (última etapa de la gobernación de Domingo Mercante, la cual se había iniciado en 1946), en una coyuntura caracterizada por la reorientación de la política económica, contiendas electorales (provincial, nacional y municipal) y crecientes signos de verticalismo. El recorte temporal obedece a la identificación de un proceso de cambio en la relación Estado peronista-agro, y excluye los años formativos (han sido más examinados) y los terminales (cuya intensa conflictividad amerita un estudio específico). La hipótesis es que la conjunción de la movilización “desde abajo” y el disciplinamiento y la conducción “desde arriba” en el marco de una apertura de las oportunidades políticas delinearon una forma particular de ser ciudadano a nivel municipal que habría democratizado el sistema político.

³ Los sectores populares se constituyen en un plano dual, material y cultural. En pueblos rurales y reconociendo lo huidizo del término, incluimos dentro del mismo a un conjunto más amplio que los trabajadores rurales, tales como pequeños y medianos productores, cuentapropistas, comerciantes, empleados estatales, etc.

⁴ Es a esta coyuntura que los teóricos califican “estructura de oportunidades políticas”, en tanto dimensiones del entorno político que fomentan o desincentivan la acción colectiva (Tarrow, 1997; Tilly, 1991).

⁵ La cultura política está compuesta por actitudes, creencias y valores conformes con las reglas dominantes de las relaciones sociales, de los cuales se derivan experiencias y conductas (Lagroye, 1994; De Diego Romero, 2006).

⁶ La prensa local es muy rica, ya que es pródiga en detalles referidos a acciones colectivas locales que interpelaban al Estado. Si bien es un buen “termómetro” de la participación, requiere del contrapunto de otras fuentes.

⁷ Entendemos a la ciudadanía política como el componente individual de un régimen democrático, esto es, la asignación de algunas libertades “circundantes” (expresión, asociación, información, libre movimiento, etc.) y de los derechos de participación en elecciones limpias e institucionalizadas, incluso el derecho de votar y ser electo/a” (O'Donnell, 2003, p. 50). Junto a la representatividad de los gobernantes y la representabilidad de los intereses de los distintos sectores, el ejercicio integral de la ciudadanía requiere la participación política permanente (Touraine, 1994, p. 321). Además, la noción de ciudadanía nos remite no sólo al referente jurídico-normativo, sino también a las formas culturales que en cada época y lugar determinan la naturaleza del vínculo entre las personas y el Estado (Opazo Marmentini, 2000, p. 61).

⁸ Utilizaremos un concepto amplio de participación (Lagroye, 1994). Aquí sólo nos focalizaremos en prácticas y mecanismos por fuera del voto y del ejercicio del gobierno, como la movilización y la articulación de intereses ante las instancias gubernamentales.

Cabe aclarar cuatro limitaciones del análisis. La primera es que éste se centra en el discurso ofrecido por el periodismo, que oficia como mediador o filtro de los sectores sociales más bajos, que suelen permanecer inasibles y misteriosos. Este problema puede ser enfocado desde otro ángulo: no se hace historia de los sectores populares, sino de la sociedad vista desde la perspectiva de uno de sus actores (Romero, 2007, p. 34). La segunda restricción se refiere al carácter fragmentario y sesgado de las fuentes: discontinuidad en las publicaciones y dificultad para contrastar periódicos diferentes. Tercero, huelga decir que la prensa constituye un actor político, por lo cual no estaba al margen de la lucha entre partidarios y detractores del régimen (entre otros, Da Orden y Melon Pirro, 2007). Por último, se ha optado por trazar un recorrido por momentos sin mayores referencias documentales ni consideración de particularismos locales durante el cual se han ensayado diversas entradas al asunto que no pretendían agotarlo sino más bien destacar puntos sugerentes que merecerían un estudio más exhaustivo. Dicho esto, en la primera parte del trabajo recabaremos sobre las caracterizaciones que ha recibido el peronismo en tanto régimen político para, a continuación, concentrarnos en el análisis documental. Por último, formularemos algunas conclusiones que liguen la participación política, la ciudadanía y la democracia en pueblos de base rural en tiempos del primer peronismo.

El peronismo: un régimen político con distintos rótulos

Existe un consenso historiográfico en torno a la democratización social que el primer peronismo impulsó, caracterizada por la implementación de políticas públicas y discursos tendientes lograr el ascenso y la movilidad social (Aboy Carlés, 2005; Laclau, 2005). Al reforzar la dimensión social de la ciudadanía, Juan D. Perón objetó la legitimidad de la democracia sustentada sólo en derechos políticos. Empero, y a pesar de la extensión de la ciudadanía política, la democracia fue minada por discursos y prácticas gubernamentales unanimistas que atentaban contra el equilibrio de poderes y el pluralismo, es decir, contra el republicanismo liberal. Por eso, el peronismo ha sido asociado al autoritarismo (bajo las denominaciones bonapartismo, cesarismo, nazi-fascismo o totalitarismo) o a la democracia plebiscitaria.

Uno de los rótulos recibidos por el peronismo ha sido el de bonapartismo o cesarismo, en tanto régimen autoritario sustentado en una personalidad carismática surgida de las clases dirigentes tradicionales que bregó por la integración pasiva de las masas para el mantenimiento del *statu quo* (Peña, 1973). También fue asimilado al nazi-fas-

cismo o totalitarismo, debido a que movilizó a las masas bajo control estatal y se caracterizó por la organización corporativa, la asistencia social, la exaltación de valores militares, la primacía de la acción, la represión política y el antiliberalismo (Germani, 1971; Fayt, 1967; Ciria, 1983).

Estos paradigmas han sido cuestionados por investigadores que destacan la persistencia de ciertas reglas democráticas, como las elecciones y la presencia de la oposición (Rein, 1998, p. 23). Por otra parte, en base a la identificación de una sólida alianza entre Perón y los sindicatos industriales emergentes del proceso de urbanización e industrialización, sostienen que el peronismo significó para las masas populares el acceso a una ciudadanía social que hasta entonces les era negada (James, 1999). De modo que aducen que, mientras las relaciones sociales discurrían en la órbita de la unificación nacional y la justicia social, la vida política transcurría por una vía dual, signada por la integración y la coerción. De estos parámetros se deriva una gran cantidad de trabajos centrados en torno al carácter híbrido del populismo peronista, que conjuga la ampliación de la base de inclusión social con la denegación del espacio de deliberación pública (Martucelli y Svampa, 1997, p. 81).

Otros estudiosos enfatizan la tendencia democratizadora plebiscitaria del régimen, en base a las representaciones y las prácticas gubernamentales organicistas y centralistas (Romero, 2007). En este tipo de democracia, el líder –como único interlocutor del pueblo– reduce al máximo las mediaciones institucionales, adquiriendo un capital político personal e intransferible y excluyendo los derechos de la minoría. Desde esta perspectiva, las grandes manifestaciones orquestadas por el régimen, el control de los factores de poder y el culto a la personalidad de Perón exhiben con claridad un estilo que bregaba por la atracción de adhesiones y la represión/marginación de la oposición (Waldman, 1985; Plotkin, 2007). Las estrategias, tanto simbólicas como materiales, obstaculizaban la emergencia de posturas alternativas y propiciaban la inclusión subordinada de los actores conflictivos. Las mismas, inspiradas en el ideal de la “unidad espiritual” o “comunidad organizada”, perseguían la creación de un clima de unanimidad regido por principios de colaboración, autoridad y dependencia y organizado por el Estado. Como éste alegaba expresar al pueblo entero, los antagonistas eran colocados en el lugar del *antipueblo* y la *antipatria* (Sigal y Verón, 2003). En otras palabras, en base a un imaginario sustentado en la unión y la lealtad absoluta al régimen y a Perón en particular, cualquier pensamiento o práctica alternativos eran catalogados como disolventes, saboteadores, provocadores, infiltrados y extraños y, por ende, ameritaban su erradicación.

Estos rasgos han conducido a definir a la doctrina peronista, junto a sus efectos sobre la vida política, como

unanimista. Ésta equipara a las mayorías con la nación y a la propia doctrina con la identidad nacional, encontrando dificultades para conceptualizar el conflicto e incluso para dejar un espacio político a los otros partidos políticos (Palermo, 1985). Por otra parte, el unanimismo descansa en una idea unitaria del cuerpo social que no rechaza el juego electoral. Por el contrario, sobre las urnas se asienta una representación “orgánica de la sociedad”, se refrenda la acción de gobierno y se confirma la popularidad de Perón (Ajmechet, 2012). En este tipo de democracia, forjada como expresión de la voluntad general, el líder aparece como la única posible figura de representación en la medida en que no permite ninguna institucionalización autónoma y aboga por un vínculo directo e inalienable. De todos modos, la complejización y dilatación del asociacionismo en la década peronista induce a repensar las correlaciones entre la activación de lo civil y el autoritarismo político, ya que es posible la coexistencia de una sociedad civil vivaz y demandante con una estatalidad democrática pero no liberal (Acha, 2004).

En suma, la historiografía se ha preocupado con lucidez por clasificar el régimen político e interpretar la experiencia popular urbana, pero ha soslayado el desarrollo de la ciudadanía en pueblos rurales. Más allá de los rótulos, hay coincidencia en que las autoridades superiores intentaron por distintos medios dirigir la actividad partidaria y la acción gubernamental “desde arriba”. No obstante, esta hipótesis no niega la existencia de márgenes de autonomía, participación y pluralismo en espacios subalternos (Quiroga, 2013). De esta constatación emana el desafío de identificar los rasgos de la participación política en los pueblos, como una de las dimensiones de la democracia.

La participación ciudadana a la luz de la prensa local

Una manera de distanciarse de las visiones irreconciliables sobre el peronismo es considerar cómo los sectores populares de sitios espacial y/o simbólicamente alejados de los centros de poder vivieron el régimen político, en particular, cuál fue su experiencia de participación. En esta línea nos preguntamos: ¿cuáles eran las principales formas de participación reflejadas por la prensa local?, ¿en qué espacios y frente a qué instituciones ocurrían?, ¿quiénes eran los protagonistas, cuáles eran las demandas y cuál era la actitud del gobierno? Las respuestas pretenden reflexionar sobre el ejercicio de la ciudadanía en ámbitos

rurales desde la perspectiva de los sujetos, a partir de sus prácticas sociales y representaciones.

Si bien el voto es la práctica ciudadana por excelencia, convendría relativizar su significado en espacios rurales. La permanente insistencia de los partidos en la concurrencia a los comicios constituye una prueba de que en estos lugares la convocatoria no era fácil, tal como lo exemplifica un mensaje del Partido Peronista de Coronel Pringles: “Peronista: por lejos que le quede el comicio donde tenga que emitir su voto, hágalo utilizando cualquier medio para llegar a él” (*La Opinión*, Coronel Pringles, 11/03/1950, p. 1). Para allanar el traslado, algunos simpatizantes ofrecían sus autos particulares, lo cual incidía notablemente en la participación electoral. Por otro lado, ésta no habría aumentado espectacularmente en los pueblos rurales (giraba alrededor del 70%), teniendo en cuenta que la incorporación de mujeres al padrón explica en gran parte el crecimiento. En cuanto a la militancia en los partidos políticos advertimos que, aunque se habría elevado (en particular, en el Partido Peronista), no habría alcanzado altos niveles en zonas rurales. Los militantes más activos constituían en general grupos reducidos que desbordaban lo estrictamente político y se proyectaban a lo social, politizando esferas de actuación de asociaciones vecinales y comunitarias.

Movilización: celebraciones y visitas de altos funcionarios

Fuera de las elecciones y dentro del repertorio de formas de participación, una de las principales fue la movilización⁹ a raíz de las celebraciones. Fundada simbólicamente el 17 de octubre y con un peso decisivo en las urbes, en los pueblos del interior bonaerense su gravitación no fue menor. Al igual que en las ciudades, en la movilización de los pueblos primaba la unidad en torno a consignas simples, la ocupación de espacios simbólicos (como la plaza principal, frente a la Municipalidad), la importancia del número, la mezcla entre el acto político y la fiesta y el aliento por parte del Estado. La espontaneidad de las bases se conjugaba con la acción organizativa de los cuadros políticos, sindicales y vecinales, cuyos límites no eran siempre precisos. Una propaganda apoyada en el uso de carteles, amplificadores, periódicos y la radio sirvió para expandir la politización.¹⁰

El 1º de Mayo y el 17 de Octubre eran las fechas anuales fijas, a las que se sumaban otras, algunas asociadas

⁹ Consiste en una acción colectiva, en numerosas ocasiones estimulada por el gobierno o un partido político, para plantear un reclamo o posicionamiento común que se canaliza por fuera de las vías institucionales típicas de la participación política electoral y supone una forma de politización a través de la cual el agente produce una nueva representación de su situación social, problemas e intereses. Además, aunque esporádica, parcial, acotada y hasta controlada, impulsa modalidades de asociación de individuos (Lagroye, 1994).

¹⁰ La prensa local solía describir las celebraciones. Por ejemplo, *El Independiente* (Gral. Alvear, 23/10/1949, p. 1).

a la patria y otras al agro. En el “Día de la Lealtad”, trenes especiales facilitaban la concurrencia de los ciudadanos de distintas localidades del interior bonaerense -incluso lejanas- hacia la Plaza de Mayo, simultáneamente a la conmemoración local (*El Argentino*, La Plata, 13/10/1950, p. 20). Para estrechar vínculos con la Capital, una red de altoparlantes colocados en la plaza principal local solía transmitir los discursos allí emitidos. Según la prensa, estas celebraciones -calificadas de “numerosas”, “entusiastas”, “concurridas” y en muchos casos traducidas en cantidad de asistentes- contaban con el apoyo activo y explícito de una parte importante de la ciudadanía. La presencia en ellas significaba un aval al gobierno, además su organización y desarrollo requería de la participación de los vecinos, tanto para la recaudación de fondos y la ornamentación, como para la preparación de banquetes, desfiles, manifestaciones y demás actividades (carreras de sortijas, fuegos artificiales, bailes, juegos deportivos, clases gimnásticas, recitados).

De igual modo, las fiestas patrióticas y agrarias contribuían a refrendar la acción de gobierno, en tanto ponían a disposición del público novedades en materia de políticas públicas y valores asociados a la doctrina peronista. En estos casos, la participación solía ser más amplia y concitaba el patrocinio de casi todas las asociaciones civiles. También la movilización se producía por motivos estrictamente políticos, en respaldo a figuras públicas. Ilustrativamente, y a raíz de la intervención de la comuna de Salto, titulaba *El Pueblo*: “Hízose cargo de la comuna el Comisionado Municipal Sr. Pontiliano una verdadera multitud acompañó al ex intendente a su domicilio. Reafirmación de fe democrática y soberanía popular” (*El Pueblo*, Salto, 19/07/1952, p. 1).

En los pueblos tenían trascendencia las visitas protocolares y políticas del gobernador, el presidente, algún ministro o legislador. Las mismas, que servían para divulgar planes de gobierno, inaugurar obras o liderar actos de proselitismo, contribuían a la construcción del poder político y la formación de identidades partidarias. La noticia del arribo de un alto funcionario causaba conmoción e inspiraba una nutrida cobertura periodística, al tiempo que se paralizaban las actividades productivas y la Municipalidad declaraba asueto para su personal. Con motivo de la visita del ministro de Trabajo y Previsión José María Freire a Tornquist, el periódico homónimo comentó: “Se pone en evidencia que nuestro pueblo, al margen de toda cuestión política, sabe del respeto y de la consideración que se les debe a los hombres que por su alta investidura nos honran con su visita” (*Tornquist*, Tornquist, 04/03/1950, p. 1). En otra oportunidad, expresó *El Telégrafo*: “Un acontecimiento que tiene siempre amplia

repercusión en los pueblos se cumplirá mañana en nuestra localidad donde, por primera vez, será huésped de honor el Gobernador de la provincia [...] constituye para General Belgrano la oportunidad esperada para hacer conocer al ilustre las necesidades más apremiantes que le urgén solucionar” (*El Telégrafo*, General Belgrano, 15/02/1950, p. 1). Un hecho pintoresco, que resulta ilustrativo del valor de la presencia de un gobernante provincial o nacional en un pueblo, ocurrió en Rauch, cuando un anciano de 105 años internado en el hospital municipal burló la vigilancia de los enfermeros para ir a estrechar la mano del primer mandatario bonaerense, quien le prometió ocuparse personalmente de su futuro (*El Argentino*, La Plata, 14/10/1950, p. 4).

Anticipándose a la visita del primer mandatario bonaerense, *El Argentino* aducía: “será conveniente que las instituciones locales, en esfuerzo mancomunado con las autoridades municipales, fueran portavoces del pueblo” (*El Argentino*, Chascomús, 30/07/1950, p. 1). El arribo no pasaba inadvertido y movilizaba a buena parte de la ciudadanía, la que organizaba la bienvenida, iba a recibirla a la estación ferroviaria o a la entrada del pueblo, pedía audiencias, presentaba petitorios, asistía a la concentración y participaba de los desfiles, bailes y banquetes. En el caso de las giras del gobernador Domingo Mercante, constituía una rutina que éste llegara a un pueblo y estableciera contacto directo, cara a cara, con los vecinos. Recibía cartas con pedidos personales o comunitarios, mantenía reuniones en pequeños grupos y se acercaba a distintos sitios de la localidad. Por lo que expresan las fuentes, eran las visitas una de las principales instancias de expresión de demandas, un motor que disparaba la participación. En general, la lucha gremial no era la forma predilecta en los pueblos, donde los sindicatos no concitaban la atracción ejercida en los núcleos urbanos y la solidaridad de clase no era suficientemente consistente.¹¹

El itinerario de las giras de Mercante y su comitiva, transmitido por el *Noticiario Bonaerense* (Marrone y Moyano Walker, 2005), era casi siempre el mismo: el gobernador llegaba a una localidad en ferrocarril o en automóvil, inspeccionaba obras en construcción, inauguraba otras ya terminadas y visitaba establecimientos productivos, escuelas o asociaciones civiles. Luego se dirigía al edificio municipal, donde recibía en audiencia a funcionarios locales, entidades gremiales y vecinales y particulares que lo saludaban y le entregaban petitorios o cartas con pedidos personales. El periódico *El Independiente* (Gral. Alvear) detalla las múltiples delegaciones recibidas por el gobernador: “docentes del distrito, miembros de la Comisión de distrito de la Dirección General de

¹¹ No obstante, en algunas localidades (como Pergamino) los sindicatos contaban con gravitación y trayectoria, lo cual los convertía en factores de peso.

Educación Física, personal del Servicio de Higiene Materno Infantil, integrantes de la Comisión Pro Parque Infantil, Cooperadora de la Escuela N° 1, Religiosas del Colegio Carmen Micheo, Club Unión de Empleados de Comercio y Anexos, Cooperativa agraria en formación, damas de la Comisión Administradora del Hospital, Constructores del Barrio Obrero, Comisión Asesora del Barrio Obrero, Unión Ferroviaria, empleados provinciales y nacionales y muchos particulares [...] En todos los casos, el mandatario cedió a las demandas o prometió abocarse al estudio de los problemas que se le planteaban, para tratar de darle solución a la brevedad" (*El Independiente*, Gral. Alvear, 06/11/1949, p. 1). En esta oportunidad, como en otras, los pedidos eran múltiples: ampliación y equipamiento de una escuela, juegos y bancos para el Parque Infantil, terminación de la construcción de una Iglesia. También incluían la solicitud de obras de pavimentación, expropiaciones, construcción de un matadero, aprovisionamiento del dispensario o subsidios para entidades de bien público, entre otros. Prevalecía en ellos un fuerte espíritu localista, mientras que la diversidad de firmas es signo evidente de que la solicitud concitaba adhesiones que no necesariamente implicaban una identificación política.¹²

La respuesta del gobernador era siempre la misma: prometía ocuparse personalmente o realizar las gestiones respectivas ante las autoridades nacionales. La prensa invariablemente plantea que el gobernador "escuchó", "atendió", "recibió", "auscultó", "se interiorizó", "conversó", evidenciando una actitud abierta y dialoguista, al menos en el encuentro formal. Ilustrativamente, la contestación de Mercante al petitorio presentado por una delegación vecinal de Pehuajó a favor de la modificación del ramal ferroviario fue la siguiente: "El Coronel Domingo A. Mercante [...] con referencia al petitorio que conjuntamente con varias entidades de Pehuajó le fuera entregado en oportunidad de su reciente visita a esa, se complace en comunicarle que se han adoptado las medidas pertinentes con el objeto de contemplar la posibilidad de hacer lugar a lo peticionado [...]" (*Noticias*, Pehuajó, 06/01/1950, p. 1). En algunos casos, la solución fue dada de inmediato (*El Norte*, San Nicolás, 15/02/1950, p. 1). Desde luego que el apoyo de una Unidad Básica podía influir en el éxito de una gestión.

Lo dicho hasta aquí sugiere que en los pueblos la política era nutrita por relaciones cara a cara que se ponían en acción a través de individuos concretos. De hecho, para quien iniciaba una carrera política era fundamental ocupar algún lugar en la red de sociabilidad pueblerina, ya que en esas instancias se acumulaban prestigios que podían ser convertidos en caudal electoral. En estos espacios, adquirían gran valor las relaciones humanas sin mediaciones.

Estas formas de participación, tales como hacer una gestión personal, demuestran la preeminencia de relaciones interpersonales y redes de amistades y favores, las que se asentaban en sistemas de roles y de nombres (Dubar, *La crise des identités. L'interprétation d'une mutation*, in Albaladejo, 2006, p. 33). Ir al encuentro de una figura de alta investidura asumía gran carga simbólica: ésta quedaba asociada al propio nombre y eso a su vez podía redundar en beneficios materiales e identificación partidaria. En los pueblos con base rural, particular relevancia tenía el encuentro con productores y trabajadores rurales, dotándolos de una simbólica integración identitaria.

A continuación -o a veces antes de las audiencias-, el gobernador presidía una concentración popular en la plaza principal o en la intersección de calles cardinales. Homólogamente al plano nacional, su significado se asociaba a la unidad de la masa, al reforzamiento de la identidad peronista y a la legitimación plebiscitaria, la cual era antepuesta a la discusión, al pluralismo y a la elaboración de abajo hacia arriba (Romero, 2007, p. 132). Las disertaciones, que solían ser transcriptas por la prensa local, eran propaladas por Radio Provincia y acompañadas por un desfile popular (protagonizado por escolares, jinetes vestidos a la usanza criolla, delegaciones gremiales y/o vehículos), un ágape, un baile y/o la formación de cooperativas agropecuarias a instancias del ministro de Asuntos Agrarios (*El Norte*, San Nicolás, 02/02/1950, p. 1). De modo que las concentraciones públicas solían estar acompañadas por actividades culturales y comidas, combinándose así los valores de sociabilidad con el mensaje político. En ocasiones, el último paso del itinerario era la recorrida por la localidad en caravana.

Figuras de segunda línea o locales en calidad de representantes o candidatos a cargos nacionales o provinciales también tenían poder de convocatoria en los pueblos. De igual modo ellos recibían solicitudes, presidían actos políticos y luego eran homenajeados con un baile popular y/o un cóctel. Por ejemplo, la demostración ofrecida a José Passerini en su pueblo natal (Carlos Casares) con motivo de su elección a Constituyente en el Teatro Español despertó gran entusiasmo y fue acompañada por una numerosa concurrencia que participó de un profuso banquete y de un baile en el Club Social (*El Oeste*, Carlos Casares, 15/01/1949, p. 3).

Articulación de intereses: asambleas, reuniones, comisiones y asociaciones

Otra forma de intervenir en la esfera pública era la participación en asambleas y en comisiones especiales (pro edificio escolar, pro subdivisión de tierras, etc.), que

¹² Por ejemplo, ocurrió con la gestión vecinal ante Mercante a favor de la pavimentación de un barrio y de obras sanitarias (*La Opinión*, Pergamino, 17/03/1951, p. 1).

proliferaron en esta etapa y exhiben la preocupación vecinal por los asuntos locales. Esta participación directa en ámbitos celulares de la sociedad, más inorgánica y espontánea, tenía como punto de encuentro un almacén, una chacra o alguna entidad de la sociedad civil (club, biblioteca, sociedad de fomento); y buscaba interesar al gobierno sobre intereses puntuales (a través de entrevistas, petitorios, cartas).

Por lo visto, la participación política afloraba como una opción habitual que asumía diversas formas, siempre asociadas a la vida cotidiana. Es decir, bajo la órbita de los centros de poder, subyacía un microcosmos político abrigado a las redes de sociabilidad local y en gran medida invisibilizado por las fuentes oficiales provenientes de los ámbitos nacional y provincial. Por ejemplo, en enero de 1950, en San Pedro, los productores de batatas se reunieron en el almacén de Emilio del Pardo para conversar sobre las condiciones de comercialización y forma de trabajo de la batata (*Centinela*, San Pedro, 09/01/1950, p. 1). En Campana, el 23 de mayo de 1950, en objeción a los precios y plazos, se realizó una asamblea de 500 propietarios afectados por la pavimentación, que designó una comisión vecinal que se encargaría del estudio de las obras convenientes y del envío de una carta al intendente (*La Defensa Popular*, Campana, 26/05/1950, p. 1; 29/08/1950, p. 1). Por su parte, la “Comisión pro Industrialización de Chascomús” recibió una favorable respuesta del gobernador al petitorio que le fuera presentado en una entrevista para favorecer la radicación de industrias y evitar así el éxodo de población (*El Argentino*, Chascomús, 07/07/1951, p. 1).

Con motivo de la clausura de la Primera Conferencia de Asociación de Cooperativas Agrarias Bonaerenses que iba a celebrarse en Azul en 1950 y para conversar aspectos de la política agraria, en el almacén “Miraflores” se efectuó una reunión a la que “concurrieron más de sesenta personas [...] se sirvió un almuerzo, primando un clima de singular entusiasmo” (*El Tiempo*, Azul, 18/01/1950, p. 1). En este y otros casos, las asambleas de agrarios eran precedidas por reuniones de productores y trabajadores y por la organización de comisiones, muchas veces convocadas por una corporación agraria, una cooperativa o el gobierno. En ocasiones, la invitación se hacía “sin distinción de ideologías políticas” (*Centinela*, San Pedro, 07/01/1950, p. 1), aunque probablemente en las reuniones éstas emergieran.

Desde el Estado hubo una interpelación a los sectores populares rurales. Paralelamente a la aplicación de medidas coercitivas y frente a la mayor movilización, el gobierno los convocó a reuniones oficiales e incor-

poró en el espacio público las estrategias de mediación construidas “desde abajo”. La citación estaba dirigida a “vecinos”, “trabajadores” o “productores” para comunicar planes gubernamentales, brindar asesoramiento o inculcar la doctrina peronista. En estas situaciones, el encuadramiento y la canalización de la participación por parte del Estado se observa en la convocatoria, la presencia de algún funcionario público en la reunión y la fijación de pautas. Queda pendiente el interrogante de si estos encuentros (desarrollados en sucursales bancarias, teatros, clubes o dependencias estatales) eran también auténticas instancias de diálogo para recoger impresiones y demandas populares, o eran meros espacios para transmitir iniciativas “de arriba”.

Para profundizar la temática de articulación de intereses, sería interesante indagar algunas prácticas de sociabilidad, como las charlas prolongadas de los vecinos en los frentes de las casas, los paseos por el centro o la asiduidad a ciertos bares, las que marcaban y consolidaban un espacio público a nivel local y confirmaban la pertenencia a una misma comunidad. A pesar del contexto de aislamiento y de débil relación con el mundo urbano, las comunidades rurales valoraban el compromiso y la aglutinación a fin de buscar soluciones a sus problemas cotidianos e inmediatos (de hecho el reconocimiento social era fruto del compromiso con la colectividad). Y a partir de allí establecían contactos o ejercían presiones sobre las autoridades municipales, provinciales o nacionales, pues existía la convicción generalizada de que eran éstas las que debían asegurar condiciones de vida y de trabajo dignas. La interpellación al Estado solía hacerse en tanto “vecino”, “productor rural de... (lugar)” o “trabajador de... (lugar)”, con lo cual la identidad como ciudadano argentino tenía un fuerte componente local, asociado al pueblo y a la actividad agropecuaria que allí se desarrollaba. Más que una identificación clasista era el anclaje con la comunidad aquello que generaba el principal lazo de pertenencia comunitario.

La participación popular también se encauzó a través de las asociaciones civiles más orgánicas (sociedades de fomento, clubes deportivos, sociedades de ayuda mutua, cooperativas, asociaciones culturales, etc.), que emprendían acciones gradualistas en procura de objetivos puntuales. Para obtener visibilidad social, solidaridad y fuerza era central el vínculo con la prensa local. Sus tácticas y presiones organizadas reflejaban una actitud integrativa y reformista¹³, que no escapó de la politización imperante. A propósito de esto, se quejaba *El Pueblo*: “La intromisión de la política en las instituciones [...] es tan perjudicial [...] las comisiones directivas deben componerse con la

¹³ En otro trabajo (Salomón, 2012), hemos advertido que buena parte de las iniciativas dirigidas a los Concejos Deliberantes de Chascomús, Coronel Pringles y Pergamino provenían de las asociaciones civiles.

mitad más uno de miembros que respondan a determinado partido político” (*El Pueblo*, Salto, 17/01/1953, p. 1).

Comúnmente, las asociaciones gestionaban beneficios para la comunidad con argumentos de apoliticidad, en un contexto en el cual el Estado se consolidó como un espacio de viabilidad de las demandas. Se amplificó así la posibilidad de materializar pedidos de solución a problemas vinculados con la edificación, la vialidad, los transportes, la educación, la salud o la cultura. Mientras que las asociaciones que se manifestaron abiertamente a favor del peronismo gozaron de apoyo estatal, las que se mantuvieron como reducto de la oposición tendían a quedar al margen del mismo. Una de las formas de dirigir pedidos era a través de funcionarios provinciales o nacionales, aún más si éstos eran oriundos de la localidad (Salomón, 2012). Entonces, en distritos con un fuerte espíritu asociativo, una parte sustancial de las políticas públicas constituyeron respuestas a demandas explícitas de instituciones civiles y así fueron incorporadas a la agenda pública.

A modo de reflexión

No resulta novedoso afirmar que el peronismo no pretendía defender los valores del liberalismo, tales como la división de poderes y el respeto de las opiniones de las minorías. Pero eso no significa que su régimen haya sido escasamente democrático, a lo sumo revela una de sus facetas. La identificación de múltiples formas de participación sugiere que la democracia no puede ser reducida al proceso de constitución y ejercicio de gobierno. Es cierto que en este plano el peronismo emprendió prácticas de exclusión y concentración, tendientes al logro del unanimismo. No obstante, desde otro ángulo, en pueblos bonaerenses, se advierte un aumento de la participación reticular. Para los sectores populares, el régimen peronista era democrático: respetaba los actos electorales, tenía contacto con el pueblo, no ejercía violencia y se hacía eco de los reclamos sociales. A partir de 1949, la “vuelta al campo” y las giras proselitistas de Domingo Mercante despertaron un clima de expectativa y confianza en torno a la receptividad estatal frente a las demandas provenientes de zonas rurales.

Según traslucen la prensa, los mecanismos de participación privilegiados eran la articulación de intereses (por medio de reuniones, asambleas, comisiones y asociaciones) y la movilización (en actos públicos y celebraciones), las cuales se avivaban particularmente alrededor de la visita de alguna figura pública provincial o nacional. En los pueblos, y aquí radica una particularidad, la participación política no aparecía como una instancia extraña sino como una opción cotidiana que asumía diversas formas. Ésta se imbricaba con las redes de sociabilidad local y en menor

medida se expresaba a través de las actividades estrictamente partidarias desarrolladas en las Unidades Básicas.

En algunos casos se expresó a través de la presencia, de carácter más receptivo y pasivo, en reuniones convocadas por el gobierno y concentraciones populares. En otros, los sujetos manifestaron un mayor activismo en la organización de actividades, el pedido de audiencias, la redacción y promoción de petitorios, la preparación de actos públicos o tareas de proselitismo. En menor medida, exteriorizaron una contribución política más directa, como la militancia partidaria. Este panorama variopinto de formas de participación complejiza las caracterizaciones del peronismo que, centradas sólo en el gobierno, lo tildan como democrático o autoritario. Lejos de eso, sugiere una mayor efervescencia social así como una variedad de formas de ser peronista, que expresaban de distinta manera la adhesión al movimiento (más ferviente o tibiamente, con la presencia circunstancial en actos públicos o con una actividad partidaria permanente, con donaciones, opiniones o algún servicio). Es decir, se podía ser protagonista de relieve o un espectador más o menos pasivo. Pero todos eran instrumentos de participación que, aunque no implicaban necesariamente una identificación íntegra con el oficialismo, sustentaban la hegemonía peronista.

Por otro lado, la construcción del espacio político en localidades rurales bonaerenses se basaba en lazos interpersonales y de cotidianidad en los que era ensalzado el compromiso con la vida local. Los espacios de sociabilidad política más empleados no eran la Unidad Básica, sino la plaza, el club, la estación ferroviaria, el almacén, la filial de alguna entidad vecinal, el banco, el teatro o la calle. Dado que la política era nutrida por relaciones cara a cara (sin mediaciones) que se ponían en acción a través de individuos concretos, las transacciones personales existentes en estas comunidades eran fundamentales. Ello explicaría la valorización simbólica de las visitas del presidente, gobernador, legisladores, ministros o candidatos, y aún más si la persona era oriunda de la localidad. Ir al encuentro de estas figuras corporizaba la llegada efectiva a instancias estatales de decisión. Si bien en el plano de las representaciones el Estado nacional era el principal ámbito de estatidad, había otros sitios a los cuales dirigir pedidos, tales como la gobernación, la prensa o la intendencia.

Otra particularidad de los pueblos es que las demandas eran inseparables de la experiencia local. El repertorio de pedidos era de carácter reformista y social (ni civil ni político), frente al cual -según la prensa- las autoridades siempre mostraban una actitud receptiva. Las peticiones de la sociedad civil estaban inscriptas en la lógica de la justicia social, en áreas particularmente sensibles como servicios públicos, caminos, educación, transportes, salud, vivienda, trabajo y condiciones de producción. La

aspiración a la igualdad permeaba los estratos populares, bajo la convicción del carácter de derecho que sustentaba los pedidos. Es capital subrayar que la retórica de justificación se asociaba a la satisfacción de una deuda social, y no de una parcialidad.

Los habitantes de los pueblos asumían una identidad compleja. Si bien se concebían como ciudadanos argentinos, también se veían a sí mismos desde otros referentes vinculados específicamente con su pueblo, cuya vida económica giraba alrededor del agro. Ello ayudaría a explicar el intenso espíritu localista que sobrevolaba en sus reivindicaciones. Asimismo, por ese motivo la interpelación al Estado solía hacerse en tanto “vecino”, “productor rural” o “trabajador”. Bajo estas denominaciones se aglutinaban los protagonistas de los sectores populares que se dirigían a las autoridades en búsqueda de concesiones sociales.

Otra conclusión que se desprende del análisis es que la presencia, activación y organización de los sectores populares rurales estaba impulsada y encuadrada “desde arriba”, aunque los estímulos gubernamentales se conjugaron con cierta espontaneidad de las masas. La estampa estatal se advierte, por ejemplo, en la convocatoria a reuniones o actos públicos, en la presencia de algún funcionario público en las asambleas o en la exhibición de alguna insignia peronista. Esto demuestra que si bien el ejercicio de la ciudadanía política tiene una referencia estatal, sus prácticas de algún modo se articulaban con el Partido Peronista. En otras palabras, se delineó un tipo de ciudadanía muy activa definida respecto a un Estado identificado con Perón.

El gobierno instauró un patrón de relaciones sociales entre el Estado y las clases subalternas en el que la extensión de los servicios sociales se asoció a una reciente intervención estatal. A este Estado, convertido en prestador de servicios, había que acudir para resolver los problemas cotidianos. A veces esto se hizo en términos clientelares, otras, con una clara conciencia de los derechos sociales. Al poner énfasis en este Estado que obtenía el consenso social sobre la base de su rol activo en la prestación de servicios, visto en clave paternalista, los temas de democracia política y derechos civiles fueron relegados a un segundo plano. En esta matriz, difícilmente se pueda encontrar un proceso cabal de constitución de ciudadanos que se autoconstruyan como “sujetos de derecho”, que manifiestan un grado relativamente alto de autonomía (Jelin, 1996).

En base a lo examinado, podríamos concluir que, por parte de la élite dirigente peronista, la integración de los actores políticos surgidos del proceso de movilización se produjo de manera directa (Zincone, 1989). El carácter de dicha integración estuvo condicionado

por el contexto de la cultura política (concepciones sobre la legitimidad del poder y la relación Estado-sociedad), de conflictividad política y de competencia económica externa (traducida en la exaltación de la unidad nacional y en la presión sobre el aparato productivo). Como resultado, el Estado controló y forjó a la sociedad civil, concentrando las decisiones en organismos sustraídos de la influencia de las élites desleales, reprimiendo organizaciones opuestas al régimen y procurando adquirir consenso a través de la ampliación simbólica del sufragio (extensión de los derechos políticos pero con bajo alcance) y de la gestión estatal de los derechos sociales. Aunque el Estado delineó una ciudadanía de carácter estatalista, subyació un microcosmos de participación reticular que mantuvo relativos márgenes de espontaneidad e independencia.

En suma, en los pueblos, la ciudadanía habría experimentado un doble proceso de cambio. Por un lado, de corporativización e interpelación y control desde el Estado. Simultáneamente, adquirió mayor significación una participación en clave local y sin mediaciones, en base al contacto personal con representantes del Estado. Considerando el profuso repertorio de conductas, se podría argüir que un mayor activismo (individual y colectivo, espontáneo y organizado, continuado y esporádico, de colaboración y enfrentamiento) habría incrementado el compromiso social de la ciudadanía, el cual fue capitalizado por el peronismo. Una pregunta sobrevuela tras esta hipótesis: ¿se puede hablar de una ciudadanía informada sobre los asuntos de la cosa pública, responsable cívicamente y capaz de elegir con autonomía entre distintas alternativas? Como puede verse, resta por transitar un largo camino para comprender más acabadamente el régimen peronista “desde abajo”.

Referencias

- ALBALADEJO, C. 2006. De la pampa agraria a la pampa rural: la reconstrucción de las ‘localidades’ y la invención del ‘desarrollo rural local’. *Párrafos Geográficos*, 5(1):33.
- ABOY CARLÉS, G. 2005. La democratización beligerante del populismo, Buenos Aires. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/aboycarles.pdf>. Acceso el: 15/1/2014.
- ACHA, O. 2004. Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo. *Desarrollo Económico*, 44(174):199-230. <http://dx.doi.org/10.2307/3456036>
- AJMECHET, S. 2012. El peronismo como momentos de reformas (1946-1955). *Revista SAAP*, 6(2):1-19.
- CIRIA, A. 1983. *Política y cultura popular: la Argentina peronista (1946-1955)*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 357 p.
- DA ORDEN, L.; MELON PIRRO, J. (comps.). 2007. *Prensa y peronismo: Discursos, prácticas, empresas, 1943-1958*. Rosario, Prohistoria, 257 p.

- DE DIEGO ROMERO, J. 2006. El concepto de 'cultura política' en ciencia política y sus implicancias para la historia. *Ayer*, 61:233-266.
- FAYT, C. 1967. *Naturaleza del peronismo*. Buenos Aires, Viracocha, 414 p.
- GERMANI, G. 1971. *Política y sociedad en una época en transición*. Buenos Aires, Paidós, 266 p.
- GIRBAL-BLACHA, N. 2002. Políticas públicas para el agro se ofrecen: Llamar al estado peronista (1943-1955). *Mundo Agrario*, 3(5):1-20. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/magr/v3n5/v3n5a01.pdf>. Acceso el: 05/01/2014.
- JAMES, D. 1999. *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*. Buenos Aires, Sudamericana, 359 p.
- JELIN, E. 1996. La construcción de la ciudadanía: entre la solidaridad y la responsabilidad. In: E. JELIN; E. HERZBERG (coords.), *Construir la democracia: Derechos Humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*. Caracas, Edit. Nueva Sociedad, p. 113-130.
- LACLAU, E. 2005. *La razón populista*. Buenos Aires, FCE, 312 p.
- LAGROYE, J. 1994. *Sociología política*. Buenos Aires, FCE, 499 p.
- LATTUADA, M. 1986. *La política agraria peronista (1943-83)/1*. Buenos Aires, CEAL, 289 p.
- MACKINNON, M. 1996. La primavera de los pueblos: La movilización popular en las provincias más tradicionales en los orígenes del peronismo. *Estudios Sociales*, 10:87-101. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/mackinnon2.pdf>. Acceso el: 01/03/2014.
- MARRONE, I.; MOYANO WALKER, M. 2005. Actores y escenarios rurales en el Noticiario Bonaerense, 1948/1958. *Mundo Agrario*, 6(11):1-24. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&cid=S1515-59942005000200004&dng=es&nrm=iso&tlang=es. Acceso el: 10/02/2014
- MARTUCELLI, D.; SVAMPA, M. 1997. *La Plaza Vacía: Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires, Losada, 463 p.
- MASCALI, H. 1986. *Desocupación y conflictos laborales en el campo argentino (1940-1965)*. Buenos Aires, CEAL, 127 p.
- O'DONNELL, G. 2003. Democracia, desarrollo humano y derechos humanos. In: G. O'DONNELL; O. IAZZETTA; J. VARGAS CULLELL (comps.), *Democracia, desarrollo humano y ciudadanía: Reflexiones sobre la calidad de la democracia en América Latina*, Rosario, Homo Sapiens, p. 25-147.
- OPAZO MARMENTINI, J. 2000. Ciudadanía y democracia: La mirada de las Ciencias Sociales. *Metapolítica: Del Estado a la ciudadanía*, IV(15):52-79.
- PALERMO, V. 1985. Cultura política, conflicto y democracia. In: A. COLOMBO; V. PALERMO, *Participación política y pluralismo en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, CEAL, p. 117-137.
- PEÑA, M. 1973. *Masas, caudillos y élites: La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires, Ediciones Fichas, 133 p.
- PLOTKIN, M. 2007. *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Caseros, UNTREF, 351 p.
- QUIROGA, N. 2013. Sincronías peronistas: Redes populistas a ras de suelo durante el primer peronismo. Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/64851>. Acceso el: 15/02/2014.
- REIN, R. 1998. *Peronismo, populismo y política. Argentina 1943-1955*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- ROMERO, L.A. 2007. Los sectores populares como sujetos históricos y Participación política y democracia, 1880-1984. In: L. GUTIÉRREZ; L.A. ROMERO, *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires, Siglo XXI, p. 25-46, 109-154.
- SALOMÓN, A. 2012. *El peronismo en clave rural y local. Buenos Aires, 1945-1955*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 276 p.
- SIGAL, S.; VERÓN, E. 2003. *Perón o muerte: Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, Eudeba, 255 p.
- TARROW, S. 1997. *El poder en movimiento*. Madrid, Alianza, 369 p.
- TILLY, C. 1991. *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid, Alianza, 204 p.
- TORRE, J.C. 1989. Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico*, 28(112):525-548. <http://dx.doi.org/10.2307/3467001>
- TOURNAINE, A. 1994. *Critica de la modernidad*. Buenos Aires, FCE, 391 p.
- WALDMAN, P. 1985. *El peronismo: 1943-1955*. Buenos Aires, Hispanoamérica, 257 p.
- ZINCONE, G. 1989. Due vie alle cittadinanza: il modello societario e il modello statalista. *Rivista Italiana di Scienza Política*, XIX(2):223-265. Artículo reproducido en castellano en: ANSALDI, W. (comp.). *Ciudadanía (s)*. Documento de trabajo/3, Serie Mayor, Tomo I, Universidad de Buenos Aires, p. 217-240.

Fuentes documentales

- Centinela*. San Pedro, 9 de enero de 1950, p. 1; 7 de enero de 1950, p. 1.
- El Argentino*. Chascomús, 30 de julio de 1950, p. 1; 7 de julio de 1951, p. 1.
- El Argentino*. La Plata, 13 de octubre de 1950, p. 2; 14 de octubre de 1950, p. 4.
- El Independiente*. Gral. Alvear, 23 de octubre de 1949, p. 1; 6 de noviembre de 1949, p. 1.
- El Oeste*. Carlos Casares, 15 de enero de 1949, p. 3.
- El Orden*. Mercedes.
- El Orden*. Coronel Pringles.
- El Pueblo*. Salto, 19 de julio de 1952, p. 1; 17 de enero de 1953, p. 1.
- El Norte*. San Nicolás, 15 de febrero de 1950, p. 1; 2 de febrero de 1950, p. 1.
- El Telégrafo*. General Belgrano, 15 de febrero de 1950, p. 1.
- El Tiempo*. Azul, 18 de enero de 1950, p. 1.
- La Defensa Popular*. Campana, 26 de mayo de 1950, p. 1 y 29 de agosto de 1950, p. 1.
- La Opinión*. Coronel Pringles, 11 de marzo de 1950, p. 1.
- La Opinión*. Pergamino, 17 de marzo de 1951, p. 1.
- Noticias*. Pehuajó, 6 de enero de 1950, p. 1.
- Tornquist*. Tornquist, 4 de marzo de 1950, p. 1.

Submetido: 26/05/2014

Aceito: 18/11/2015